

Sabed que mi dicha fuera
 ver que los mozos la canten
 al compás de las guitarras
 sintiendo con sus bondades,
 y al fondo del corazón,
 junto al cariño triunfante
 del hombre bueno, un profundo
 amor a la vida, grande
 como nada. . . Yo soy viejo;
 ya no puedo entusiasmar
 demasiado. . . Pero aun queda
 calor de ensueño en mi sangre. . .

(*Leyendo.*)

Oíd. . . Cantemos en estas quintas
 que el sol decora de rojas tintas
 con alma y vida nuestra canción,
 la que saluda cielos y auroras,
 la que ha encantado las trilladoras
 y ofrece al trigo su bendición.
 Cantemos todos, juntos y ufanos,
 esta gloriosa canción de hermanos
 que en las entrañas siento latir:
 porque con ella va el pensamiento,
 porque es la savia del sentimiento
 y arde en amores del porvenir. . .
 Por estos campos de fuerza viva
 que hoy la codicia voraz cultiva,
 bien para unos, para otros mal,
 cruzaba el rudo potro salvaje,
 vibraba el canto del paisanaje,
 soplaban un libre viento inmortal.
 Bajo estos árboles de augusta fronda,
 que el tiempo a triste desprecio entrega
 y yo, de niño, miré crecer,
 soñó otros mundos la Pampa horrida,
 con la guitarra de Santos Vega
 y el alma virgen del buen ayer.
 ¡Campos que hoy sienten la fuerza amiga!
 ¿Quiénes les hacen brotar la espiga?
 ¿Quién les ha dado todo el calor?
 La voz del viento dice: "¡Vosotros,
 que habéis sembrado para los otros
 que habéis tenido sólo el dolor!"
 ¿Quién de la burda camisa rota,
 pobre bombacha, doliente bota,
 dejó en la tierra su juventud?
 "¡Vosotros—clama la voz del viento—,
 que aunque habéis sido luz del momento
 no tenéis premios a la virtud! . . ."
 Labrad la tierra con energía
 fuertes gañanes que al fin del día
 caéis rendidos en el galpón. . .
 Labrad la tierra, pero sed bravos;

no hagáis lo mismo que los esclavos,
 que se olvidaban del corazón.
 Rieguen la tierra vuestros empeños,
 abrid el surco para los dueños
 que sus castillos alzando van;
 pero que nunca dobléis la frente:
 sed siempre altivos, tened presente
 lo que se sufre ganando el pan. . .
 Y si en la noche de una derrota,
 con la flotante camisa rota,
 buscáis el techo del buen señor
 para pedirle su pan y abrigo,
 decid: "¡Nosotros somos el trigo,
 somos la vida, somos la flor! . . .
 Flor de esperanza que el astro baña
 sobre los triunfos de la campaña
 que el brazo fuerte supo alcanzar. . .
 ¡No te pedimos, señor, favores!
 ¡La hemos regado con los sudores
 de nuestras frentes, para sembrar!
 Dadnos a todos la franca mano,
 sed nuestro amigo, sed nuestro hermano,
 y haya armonía siempre, señor. . .
 Que ya no quiere sombras la tierra:
 ¡por tus dominios cruza la guerra
 y aquí en nosotros canta el Amor!"

(*La lectura del Maestro obtiene una entusiasta acogida, animándose el cuadro en explosión de plácemes, comentarios y risas, hasta que se reanuda el diálogo.*)

Juanita.—(A Margarita.)

¿Qué te ha parecido?

Margarita.—Hermoso.

Juanita.—(A Moza primera.)

¿Y a tí?

Moza primera.—Regular. . . .

Moza segunda.—Sin gracia. . . .

Juanita.—Pues yo no sé: te aseguro
 que no entendí una palabra.

* * *

Jacinto.—Porque en mi amor va mi vida,
 y en mi vida es la verdad
 tan sagrada, tan legítima,
 tan leal, que ni una mancha
 jamás en ella caería. . . .

(*Pausa.*)

Sin lazos de obligación,
 sin dobleces ni mezquinas
 sorpresas engañadoras,
 de aquellas que acaso sirvan
 a otros hombres para hacer
 de un corazón la conquista,